

MAGDALENA
RUIZ GUIÑAZÚ



HÉROES

de un país del Sur

ARGENTINAS Y ARGENTINOS
QUE HICIERON EL SIGLO XX

SUDAMERICANA

MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ

HÉROES DE

UN PAÍS DEL SUR

Argentinas y argentinos
que hicieron el siglo XX
EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2011, Editorial Sudamericana S.A.

Humberto I 531, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-950-07-3510-0

Esta edición de 12.000 ejemplares
se terminó de imprimir en Printing Books S.A.,
Mario Bravo 835, Avellaneda, Bs. As.,
en el mes de abril de 2011.

ÍNDICE

[Introducción 5](#)

[Capítulo 1. Lisandro de la Torre: el fiscal de la Nación](#)

[18](#)

[Capítulo 2. Roberto Arlt: la prepotencia de trabajo 32](#)

[Capítulo 3. Arturo Frondizi: una vida dedicada a la Argentina 48](#)

[Capítulo 4. Ramón Carrillo: la revolución sanitaria 69](#)

[Capítulo 5. Salvadora Medina Onrubia: la Venus roja 83](#)

[Capítulo 6. Arturo Jauretche: un intelectual de acción 99](#)

[Capítulo 7. María Luisa Bemberg: patear el tablero 111](#)

[Capítulo 8. Alicia Moreau de Justo: cien años de lucha 123](#)

[Capítulo 9. Leopoldo Torre Nilsson: la creación y la libertad 137](#)

[Capítulo 10. René Favaloro: Quijote de la medicina 150](#)

[Capítulo 11. Libertad Lamarque y Hugo del Carril: el éxito, el exilio 170](#)

[Capítulo 12. Enrique Mosconi: el petróleo, la soberanía 184](#)

[Agradecimientos 198](#)

INTRODUCCIÓN

Cuando en 2008 y 2009 hicimos *Secretos de familia* con Tranquilo Producciones para el canal TN, y luego lo volcamos en un libro, nunca imaginamos que concitaría tanta cu-

riosidad e interés entre los lectores. Y debo confesar que, estimulados por esta respuesta, con Eliseo Álvarez y Camila O'Donnell nos lanzamos en 2010 a poner en pantalla las historias (cada una en su tiempo, fascinación y estilo) de estos "héroes" que vivieron en el difícil país nuestro. Tan al sur...

Sin embargo, nada pareció detenerlos. El doctor Ramón Carrillo, por ejemplo, construyó hospitales a lo largo y ancho del país. Cuando el entonces coronel Perón regresaba de su detención en la isla Martín García, en una habitación del Hospital Militar (hoy conservada con sus muebles originales, que obviamente nos detuvimos en filmar), horas antes del entonces azaroso y luego famoso 17 de octubre de 1945, Juan Domingo Perón le entregó una carta para el jefe de Policía y otra para Eva Duarte, sabiendo que podía confiar ciegamente en la lealtad de Carrillo, quien luego se convertiría en su ministro de Salud Pública.

La lucha de Carrillo contra la enfermedad de Chagas y el paludismo marcó un tiempo fundamental en la medicina del país, mientras que en su vida privada dejaba horas libres para concentrarse en el estudio de las patologías que presentaban, por ejemplo, los jóvenes que acudían a cumplir el servicio militar.

No obstante, al morir Eva Perón, en 1952, Carrillo quedó expuesto a la mala voluntad del vicepresidente Alberto Tessaire y terminó exiliado en Brasil, donde se desempeñó como médico rural y murió rodeado de su familia, aunque lejos del país que tanto amó.

Muchos años después otro médico —"un médico rural", como solía presentarse— conmocionaba la cirugía cardiovascular con el descubrimiento del *bypass*. En efecto, René

Favaloro (“hijo de un carpintero y de una modista”, según relataba) era muy joven cuando reemplazó al médico de Jacinto Arauz sin imaginar, probablemente, que años después *The New York Times* lo declararía “Héroe mundial de la medicina”.

Personalmente, tuve la oportunidad de tratarlo durante mucho tiempo, así como también de comprobar su entrega al trabajo científico y la enorme dedicación que mantuvo por lograr una medicina de excelencia y al alcance de todos.

Por desgracia, no todas las administraciones nacionales comprendieron esto y son muchos los que señalan que su suicidio, en julio de 2000, fue el epílogo de la falta de cooperación y de cumplimiento de quienes debían mantener subsidios y periodicidad en el desarrollo de lo que hasta hoy se llama Fundación Favaloro. La Fundación comprende tanto el área clínica como también la universidad que lleva su nombre.

Por todo ello es que, con admiración y tristeza, recordaremos siempre a ese hombre que partió a la Cleveland Clinic de Ohio, sin saber inglés ni haber subido nunca antes a un avión, para desempeñarse en un puesto (algo así como ayudante de camillero) desde el cual, muy pronto, se hizo notar por su experiencia y su talento al descubrir nuevas estrategias para cirugías cardíacas. Hoy, en todo el mundo, cada año se realizan más de ochocientas mil operaciones de *bypass*.

Sin dudas, son muchas las emociones y los recuerdos que nos ha despertado llevar estas historias de vida a la televisión. Por ejemplo, conocer a la doctora Alicia Moreau

de Justo en vísperas de cumplir cien años fue un privilegio y una extraordinaria lección de sencillez y humildad.

Alicia Moreau militó durante toda su vida en el Partido Socialista y fue la esposa de Juan B. Justo, máximo referente partidario, pero también, en tiempos en los que muchos caminos se cerraban para la mujer, se convirtió en una de las primeras médicas argentinas. Su vida fue una sucesión de batallas que sobrellevó con energía y convencimiento, puesto que fue censurada y encarcelada durante la segunda presidencia de Perón, y luego, durante los años oscuros de la última dictadura, abrazó con valentía la causa de los derechos humanos ayudando a las Madres de Plaza de Mayo y siendo una de las fundadoras de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Una mujer sobresaliente en nuestra historia, adelantada a su tiempo, respetada incluso por sus enemigos y lúcida hasta el final de sus días.

Y justamente el respeto, que en el campo político siempre ha sido un elemento escaso, también signó la vida del ex presidente Arturo Frondizi. Muchos lo recuerdan como el último estadista que tuvo nuestro país, ya que pensaba como un hombre de acción y actuaba como un hombre de pensamiento. Su gobierno estuvo marcado por una contradictoria y difícil relación con Juan Domingo Perón, por su proyecto desarrollista y por las constantes presiones militares que finalmente lo derrotaron.

El doctor Arturo Frondizi nació en 1908 en Corrientes, en Paso de los Libres, hijo de inmigrantes italianos y parte de una numerosa familia de doce hermanos, algo que no le impidió apasionarse por las leyes y ser un brillante alumno de la Facultad de Derecho, donde se graduó con diploma de honor en apenas tres años.

Como bien lo recuerda su sobrino, el doctor Román Frondizi: “Cuando se divide el radicalismo, después de la Convención de Tucumán, en 1957, Arturo Frondizi queda al frente de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) y Ricardo Balbín encabeza la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP). Esa fue una gran lástima y provocó la división del partido histórico más tradicional de la Argentina con vigencia actual, como bien sabemos”.

Durante los últimos meses de 1957, Perón negoció con Rogelio Frigerio, hombre de confianza de Frondizi, la posibilidad de un apoyo del peronismo para la candidatura de don Arturo. Ese pacto terminó de ajustarse en Venezuela, donde Perón estaba exiliado, y fue así que la orden de apoyar a la fórmula de la UCRI llegó al país. A cambio de los decisivos votos peronistas, Frondizi, una vez en el gobierno, debía impulsar una serie de medidas para liberalizar las actividades justicialistas, que culminarían con el regreso de Perón a la Argentina. Las resistencias en ambos partidos no se hicieron esperar, y ese pacto selló la suerte y el rumbo de todo el gobierno de Frondizi.

“Es cierto —reconoce Román Frondizi—. Se le reprochó mucho ese presunto pacto con Perón. Las conversaciones fueron llevadas a cabo por algunos dirigentes próximos a él... Pero yo pienso que Frondizi, más allá de la anécdota del pacto, en realidad fue un precursor porque después todos trataron de pactar con Perón y el peronismo”.

Como decíamos, para muchos el presidente Frondizi fue el último estadista que tuvo nuestro país. Él soñaba con convertir a la Argentina en un país moderno y desarrollado. Para esto, era fundamental impulsar sectores como el petrolero y el siderúrgico. Con ese fin firmó contratos con em-

presas extranjeras a las que autorizó a introducir el material necesario para la explotación, mientras que YPF se comprometía a comprar el petróleo producido. Esto produjo un abanico de críticas desde distintos frentes opositores que acusaban a la medida de “extranjerizante”, mientras los grandes sectores económicos vinculados con la importación de hidrocarburos también hacían sentir su repudio.

En 1961, tres años después de haber lanzado el plan, los resultados fueron asombrosos: la producción de petróleo se había triplicado, YPF había duplicado el número de pozos perforados y el país había alcanzado el autoabastecimiento de gas y petróleo. Pero la medida seguía siendo cuestionada y se acusó a Frondizi de traicionar los principios que él mismo había pautado años atrás en su libro *Petróleo y política*.

Por otra parte, con la ley de libertad de enseñanza, Frondizi posibilitó que existieran y funcionaran las universidades privadas, que hoy son más de cien en todo el país.

Sin embargo, el 29 de marzo de 1962, las Fuerzas Armadas pusieron fin al proyecto desarrollista de Frondizi, quien, sin perder la serenidad, afrontó la cárcel, la muerte de su única hija, Elena, de su hermano Silvio —a manos de la Triple A de López Rega— y, años más tarde, de Elena Fagionato, su amada compañera de toda la vida. Pasó muy austeramente los últimos años en el departamento de la calle Beruti, que le había regalado Tito González, su leal secretario.

La firmeza de carácter y la voluntad también fueron características de María Luisa Bemberg, que a los sesenta años comenzó una brillante carrera como directora cinematográfica y, con absoluta humildad y sencillez, no dudó en

inscribirse como alumna del Actors Studio de Lee Strasberg.

María Luisa nació en Buenos Aires en 1923, en el seno de una familia de origen alemán que había llegado al país a mediados del siglo XIX y que luego se convirtió en el pilar de uno de los grupos industriales más poderosos de la época. Entre otros emprendimientos fundaron, por ejemplo, la famosísima Cervecería Quilmes. En cuanto a María Luisa, el hecho de haber crecido rodeada de institutrices y en un marco suntuoso no impidió que su espíritu inquieto imaginara un futuro muy diferente del que le imponían los mandatos sociales y familiares de la época.

Madre de cuatro hijos y abuela de varios nietos, filmó su primera película, *Momentos*, en 1981, con Graciela Dufau y Miguel Ángel Solá. Luego siguieron *Señora de nadie*, con Luisina Brando (1982); *Camila* (1984), candidata al Óscar como mejor película extranjera, con Susú Pecoraro e Imanol Arias; y luego *Miss Mary*, quizá su obra más entrañable y premio al mejor film en el Festival de Venecia, donde reconstruyó episodios de su infancia, con magníficos trabajos de Julie Christie y Nacha Guevara al frente de un gran reparto. Finalmente, como un lujo (al que escrupulosa y austeramente se resistía), María Luisa contrató a Marcello Mastroianni para filmar en la Argentina el excelente *film De eso no se habla* (1993), que se estrenó al año siguiente, cuando la enfermedad ya había puesto a prueba la entereza de María Luisa.

Pocos días antes de morir, en 1995, decidió oficializar la donación de su valiosa pinacoteca. En una inolvidable reunión en su casa, invitó al entonces secretario de Cultura de la Nación, Pacho O'Donnell, a un grupo de amigos y a sus

hijos a presenciar la donación de los cuadros maravillosos que hoy conforman la sala que lleva su nombre en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Imposible olvidar la serenidad y la energía con que presidió aquel último adiós y la generosidad con que sus hijos avalaron la decisión de que fuera el pueblo argentino quien pudiera disfrutar de los Figari y los Pettoruti (entre otros), que durante años habían adornado las paredes de su casa.

Son muchos los episodios de rebeldía que encontramos a lo largo de nuestra historia. Todos son diferentes y cada uno lleva su propio sello. Por ejemplo, Arturo Jauretche siempre ha sido identificado con una corriente de pensamiento pero sobre todo de acción, desplegada al servicio de lo que él definía como la causa nacional y popular.

Algunos lo han llamado "intelectual en alpargatas" y "político de pantalones cortos". Lo cierto es que fue un hombre muy singular. Nació en Lincoln, provincia de Buenos Aires, el 13 de noviembre de 1901, en el seno de una familia acomodada y —créase o no— se crió en un ambiente conservador, ya que su padre era dirigente del Partido Conservador de Lincoln.

Lector precoz, sorprendía a todos con sus inquietudes. Desde la adolescencia se dedicó a opinar y confrontar ideas políticas. Tanto es así que comenzó como conservador, pasó por el radicalismo y llegó finalmente al peronismo.

Podría decirse que toda su vida estuvo signada por una gran intensidad. En 1918, participó de la revuelta estudiantil recordada como Reforma Universitaria. De allí en más se acercó siempre a movimientos populares. En primera ins-

tancia, al yrigoyenismo y luego, enfrentado con los grupos liberales de Marcelo T. de Alvear.

En 1928, durante el segundo mandato de Yrigoyen, fue designado interventor del comité provincial de Mendoza, donde conoció a Clarita Iturraspe, quien luego sería su esposa.

Y cuando el 6 de septiembre de 1930, con el golpe de Uriburu, las Fuerzas Armadas iniciaron una serie fatídica de dictaduras, desde el comité de Mendoza, Jauretche salió armado en busca de sus correligionarios con la intención de organizar una resistencia civil. Terminó preso y, en menos de veinticuatro horas, debió abandonar la provincia. Por su formación republicana, para Jauretche un golpe de Estado era algo incomprensible. Inició entonces una trayectoria de resistencia civil: en 1931 participó de la insurrección frustrada que lideró el general Severo Toranzo e intercambió numerosos disparos contra quienes imponían el veto al radicalismo. Durante todo un año vivió en forma clandestina junto a su amigo Homero Manzi, también involucrado en esta red conspirativa que, en 1933, pocos días antes de la muerte de Yrigoyen, culminó con prisión para ambos en la provincia de Corrientes. Es sorprendente advertir que, en medio de este fragor político, Arturo Jauretche logró recibirse de abogado pese a intentar, junto con el legendario coronel Pomar, tomar la ciudad de Paso de los Libres.

A través de Homero Manzi, Jauretche conoció a Jorge Luis Borges, quien le prologó un poema gauchesco titulado justamente *El Paso de los Libres*. En aquellos años también se acercó a Raúl Scalabrini Ortiz, quien fue pieza clave en la fundación de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Desde esa nueva trinchera, Jauretche fus-

tigó a los sectores conservadores y popularizó expresiones como "cipayo" y "vendepatria". Al promediar los años '40 conoció a Juan Perón, recién llegado de una misión militar en Italia, y entablaron una relación intelectual y política que muchas veces fue tormentosa.

Durante la primera presidencia de Perón, en 1946, Jauretche aceptó ser presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, hasta que comenzó a disentir con lo que llamaba "la burocratización" de sectores cercanos al líder peronista sin llegar, sin embargo, a manifestar públicamente estas críticas. Cuando en 1955 la Revolución Libertadora, con el general Lonardi a la cabeza, derrocó a Perón, Jauretche retomó la resistencia civil y en 1958 apoyó, junto con Scalabrini Ortiz, la candidatura de Arturo Frondizi.

Entre 1956 y 1969, Jauretche publicó prácticamente un libro por año: *Ejército y política*, *Prosas de hacha y tiza*, *FORJA* y *la Década Infame* son sólo algunos de sus títulos. Pero su gran obra, la más vendida y elaborada, *El medio pelo en la sociedad argentina*, definió un fenómeno cultural y político que agotó nueve ediciones en ocho meses. Era la revancha de su inteligencia ante tantos exilios, persecuciones y angustias.

Luego, en el invierno de 1968, publicó *Manual de zonas argentinas*, un singular tratado sobre la idiosincrasia del argentino medio.

Con el triunfo de Héctor Cámpora en 1973, Jauretche aceptó el cargo de director de Eudeba (Editorial de la Universidad de Buenos Aires), pero ya comenzaba a mostrarse cansado y frustrado por los desencuentros posteriores entre Perón y la juventud peronista, del mismo modo que la vio-

lencia de la Triple A lo había golpeado profundamente en sus esperanzas por un país mejor.

Luego de dar batalla en pos de sus ideas de independencia, soberanía e identidad nacional, Jauretche murió en la oscuridad de la madrugada el 25 de mayo de 1974. Una notable coincidencia...

También hay, sin duda, grandes coincidencias en las trayectorias que hemos reunido en pantalla —y luego, en este libro— porque no han sido batallas libradas contra molinos de viento. Lisandro de la Torre, por ejemplo, protagonizó una lucha patriótica a lo largo de toda su vida. Particularmente en la década del treinta, cuando se enfrentó, desde la soledad, con intereses poderosos que conducían *el negocio de la carne* hasta epilogar en el pacto Roca-Runciman, que otorgaba ciertos beneficios y privilegios a Gran Bretaña. Desde su banca como senador, Lisandro de la Torre hizo públicas denuncias que incluso dieron motivo a terribles episodios, como cuando en 1935, en una histórica sesión, un matón (el ex comisario conservador Valdez Cora), revólver en mano atentó contra su vida. Sin embargo, un amigo entrañable, Enzo Bordabehere, se interpuso y murió al recibir el disparo. Como es lógico, esa tragedia afectó profundamente a Lisandro, quien fue apartándose de la política de forma gradual. Renunció a su banca en el Senado y se refugió en su casa, de la que sólo saldría para pronunciar alguna conferencia o asistir a los homenajes que se tributaban a quienes habían sido sus amigos.

La muerte de su madre contribuyó a su soledad y tristeza. Su vida privada siempre fue un enigma. No hay testimonios de relaciones sentimentales o amorosas en la vida de Lisandro de la Torre. Poco a poco comenzó a despedirse,

golpeado por las luchas que no había podido ganar, hasta que finalmente, en el mediodía del 5 de enero de 1939, puso fin a su vida disparándose directamente al corazón.

Estas historias de coraje y de angustia marcaron un tiempo, una época. Salvadora Medina Onrubia apareció, a comienzos del siglo XX, como una mujer transgresora que escapaba absolutamente al modelo femenino del momento. Bella, inteligente, nació en Entre Ríos y, apenas adolescente, llegó a Rosario, donde se convirtió en amiga inseparable de Alfonsina Storni. Con apenas dieciséis años, Salvadora quedó embarazada y estuvo dispuesta a enfrentar el hecho de ser madre soltera. Se trasladó a Buenos Aires y, gracias a unos amigos anarquistas, comenzó a trabajar en redacciones periodísticas. Así se transformó en la primera mujer empleada como colaboradora permanente del diario *La Protesta*. No se intimidaba con facilidad. Con su pequeño hijo Pitón en brazos, participaba también de la agitada vida política porteña, y sacudiendo a la rígida sociedad de la época, Salvadora se destacó siempre como una oradora apasionada. Presente en actos anarquistas, su belleza y el color de sus rizos pelirrojos pronto le valieron el apodo de "Venus roja".

Hay datos históricos que es importante subrayar: los anarquistas abogaban por una transformación radical de la sociedad, incluso utilizando la violencia. El 14 de noviembre de 1909 murió asesinado el coronel Ramón Falcón, a manos del anarquista ruso Simón Radowitzky. Pocos meses antes, Falcón había dirigido una represión brutal contra una manifestación obrera que conmemoraba el 1º de Mayo, y aquella fue la venganza de Radowitzky, que tenía sólo diecisiete años. Tras ser apresado, se convirtió en un símbolo

para el movimiento obrero anarquista. Fue confinado a la cárcel de Ushuaia y Salvadora se comprometió activamente en luchar por su liberación, aunque sin lograrlo (Yrigoyen lo indultaría veinte años más tarde). Los editoriales de Salvadora en el diario *La Protesta* siempre fueron conflictivos, al punto que otro joven periodista de veintiséis años, Natalio Botana (que ya había logrado tener su propio diario, *Crítica*), la llamó "joven inexperta" y entabló una ardua polémica con ella.

Corría el año 1914 y, contra todos los pronósticos, la perirroja anarquista y el futuro magnate de los medios periodísticos formaron una de las parejas más deslumbrantes de Buenos Aires. Con gran cariño, Botana anotó al hijo de Salvadora en el Registro Civil con el nombre de Carlos Natalio Botana pero, fiel a su rebeldía, Salvadora recién aceptó casarse con él muchos años después, cuando ya eran padres de tres hijos propios.

A comienzos de la década del veinte, el diario *Crítica* arrasó a la competencia e impuso un periodismo que era a la vez popular, culto y vanguardista. Contaba con una de las redacciones más eficaces de su tiempo y en la década del treinta, llegó a vender ochocientos mil ejemplares por día.

Pero la tragedia ya se había desencadenado en la vida de Salvadora. En el verano de 1929, Pitón, su hijo mayor, murió al dispararse un arma. Buenos Aires se estremeció. ¿Había sido un suicidio? ¿Un asesinato? ¿Un juego que había terminado en accidente? Los rumores arreciaban: ¿cuán culpable había sido Salvadora de la muerte de Pitón? Como en una tragedia griega, otro de los hijos, Poroto, en su autobiografía *Tras los dientes del perro*, relató que, en un